

Un viaje a la sociedad del cansancio digital

JULIÁN VARSAVSKY

En cuatro escenas de viaje observadas en una universidad de Corea del Sur, en fiestas cosplay y en el barrio de las lolitas de Japón, el cronista y comunicólogo Julián Varsavsky —invitado a la Universidad Andina para el panel «Retos y desafíos de la sociedad digital: el caso coreano»— ve encarnados los conceptos de sociedad del cansancio y panóptico digital, teorizados por el filósofo Byung-Chul Han.

Hoy es mi último día en Seúl y caigo en la cuenta de que no tengo fotos para ilustrar mi investigación sobre el sistema educativo surcoreano. *Googleo* la universidad más cercana, voy a su entrada y el señor de vigilancia me dice algo en coreano. Le respondo en castellano para asegurarme de que no entienda, le señalo mi reloj con gesto de apuro y atravieso el molinete sin darle tiempo a reaccionar.

Subo al ascensor y aprieto al azar el botón 13. Las puertas se abren a un reluciente pasillo de cien metros de largo con decenas de puertas a cada lado. No se ve hacia adentro de las aulas. Abro apenas una al azar y no doy crédito a mis ojos: de quince alumnos, cinco duermen con el torso derrumbado sobre el pupitre y la cabeza envuelta en los brazos. Hago memoria: en seis años de estudio en la Universidad de Buenos Aires, nunca vi un alumno dormir en clase.

Disparo a gusto la cámara en modo silencioso. El profesor me descubre y se acerca a conversar: «los vi muy cansados y di un receso». Le digo que eso no pasa en mi país, donde se supone que la disciplina es más relajada. Increíblemente, el hombre ríe.

Bajo a la biblioteca y veo dos centenares de cubículos de un metro cuadrado como un gran panel de abejas. Son escritorios individuales amurallados con madera por tres de sus lados: de cien estudiantes, quince duermen en un silencio de catedral. Desenfundo la cámara y me despacho a placer. Algunos tienen los zapatos a un costado y se han puesto zapatillas. Un muchacho duerme erguido en la silla, sosteniéndose la barbilla con la mano y el codo apoyado en el escritorio para que no se le caiga la cabeza. Sus ojos cerrados apuntan al libro abierto en un atril, un claro gesto de resistencia y derrota, una desesperante lucha interior entre la necesidad de dormir y el imperativo de estudiar. La postura firme de «mirar» un libro con los ojos cerrados es la parábola sublime del aguerrido espíritu confuciano local y su culto al estudio como forma de progreso.

En estas sociedades donde las teorías moralistas de Confucio han sido política de Estado durante siglos, ese modelo de regulación social se naturalizó tanto, que opera a nivel de inconsciente colectivo; el individuo está compelido por su grupo social y actúa más por la



© Julián Varsavsky

vergüenza del «qué dirán», antes que por obligación legal o culpa (este sentimiento es más propio del pensamiento judeo-cristiano). Ese estudiante fatigado —futuro guerrero corporativo— lleva adentro a un carcelero que lo vigila siempre. Pero hoy intenta engañar al tirano: el dominado no estudia pero mantiene la pose; lo disimula bien.

Me acerco por detrás a este talibán del estudio, hago clic con la cámara y abre los ojos sobresaltado, dando un cabezazo en el aire; como si la madre hubiese gritado desde la cocina:

—¡Kim, te estoy viendo!

—Te juro que no dormía, mamá.

Pero aquí no hay madre, vigilante ni cámaras. Está él consigo mismo encerrado en su cubículo, rodeado de otros en su misma condición. Estos estudiantes están aquí —la mayoría hace horas, algunos desde la noche anterior— por voluntad propia.

Alguien me presenta a Antonela Pastor, estudiante ecuatoriana en Seúl, quien me lo explica sin eufemismos:

—¡Aquí se sacan la madre estudiando! Desde la primaria hasta que entran a la universidad, van casi todos los días al *hagwon*, institutos privados de apoyo escolar. Recién a la noche hacen la tarea y estudian. Duermen un promedio de cinco horas. Al contarles que yo siempre estudié sin apoyo extra y que los fines de semana me daba el «lujo» de jugar al fútbol, eso no les entraba en la cabeza: concluyeron

que en Occidente somos muy inteligentes por lograr entrar a la universidad sin tener que hacer tanto sacrificio como ellos, que transcurren su adolescencia solamente estudiando.

Estos institutos solían estar abiertos hasta la medianoche o más, pero una ley prohibió que permanecieran abiertos más allá de las 22:00. La trampa fue entonces poner cartones en las ventanas para que no se viese la luz, y así engañar a los inspectores. Se instaló luego un sistema de delaciones recompensadas contra los *hagwones* en infracción. En algunos casos se ha encontrado a alumnos y profesores complotados, estudiando en la terraza. Esta quizá sea una de las únicas dos leyes que existen en el mundo prohibiendo —en alguna medida— estudiar. La segunda es también surcoreana: impide que los padres le hagan estudiar inglés a los niños antes de que hayan aprendido a escribir en coreano.

“

Estos institutos solían estar abiertos hasta la medianoche o más, pero una ley prohibió que permanecieran abiertos más allá de las 22:00. La trampa fue entonces poner cartones en las ventanas para que no se viese la luz, y así engañar a los inspectores.

”

FILOSOFÍA DEL CANSANCIO

Byung-Chul Han es un filósofo surcoreano, analista de la sociedad digital, *best-seller* mundial con ensayos breves y punzantes elaborados desde su cátedra en la Universidad de las Artes de Berlín. En su libro *La sociedad del cansancio*, plantea que, para entender la lógica del poder en el mundo actual, es necesario dejar atrás la idea de la sociedad disciplinaria, cuyo nacimiento Michel Foucault ubicó a fines del

siglo XVIII. Aquel filósofo partía de estudiar el modelo de cárcel panóptica, una estructura de visión total cuyo esquema circular permitía a un solo hombre controlar todas las celdas desde una torre central. Los presos no sabían cuándo estaban siendo vigilados y debían autocontrolarse siempre.

Esa estructura aplicada a manicomios, hospitales, escuelas y fábricas fue una excelente tecnología de vigilancia. El objetivo era mantener la conducta con un modelo de control disciplinario que se aplicara a distintos ámbitos de la sociedad en el capitalismo industrial. A partir de la Revolución Industrial, los dueños de las fábricas comenzaron a explotar con dureza a obreros y niños, generándose protestas y rebeliones que el Estado reprimía: se delinearon los bandos oprimido y opresor. Era una sociedad dependiente del trabajo manual, estructurada para maximizar el rendimiento fabril.

Byung-Chul Han plantea que esa sociedad disciplinaria evolucionó hacia otra con una lógica distinta denominada «de rendimiento», en la que no es tan evidente un poder opresor.

El neoliberalismo de post Guerra Fría habría logrado imponer una psicopolítica individualista basada en la idea de la autosuperación: se compite contra uno mismo.

Donde antes estaban las prohibiciones del «deber» bajo la vigilancia panóptica, ahora reinan las libertades seductoras del «poder hacer» dirigidas al emprendedor-consumidor. Esto resulta mucho más productivo por su carácter motivacional. Pero el sujeto de rendimiento sigue disciplinado: el llamado a la iniciativa propia genera una explotación más eficiente que la del viejo control panóptico.

En el trabajador coreano pero también global, estaría cada vez más presente un Yo que se erige en víctima y verdugo a la vez, en amo y esclavo. Este sería un cambio de paradigma hacia una autoexplotación que limita la posibilidad de rebelarse contra un otro. Uno trabaja hasta desfallecer, generándose un cansancio infinito, ya que el límite de la jornada laboral es la resistencia del cuerpo. Por eso las enfermedades paradigmáticas del siglo XXI surgen de la sobreexplotación del sistema nervioso, como el síndrome de Burnout, el agotamiento crónico y la depresión.

En la vieja sociedad disciplinaria las patologías principales eran de tipo viral: las enfermedades surgían de un cuerpo extraño entrando en un ser, que era atacado con anticuerpos y antibióticos. Estos últimos le ganaron ya la batalla a las epidemias bacterianas.





“

El fin de la Guerra Fría sería el comienzo de la transición hacia «la sociedad del cansancio», en la que el paradigma viral se sustituye por una violencia neuronal que ya no es una reacción inmunológica del cuerpo, sino un infarto psíquico.

”

La metáfora de Byung-Chul Han para aquel tiempo ido es la «era inmunológica», cuya significación se extendía a lo social, coincidiendo con el esquema de Guerra Fría. De un lado y otro del Muro de Berlín se atacaba la otredad del mundo opuesto con una reacción «antiviral» de tipo social o militar. Era una embestida inmediata a cualquier «germen» invasor. Corea del Sur se convirtió desde entonces en la base de contención de la OTAN en el océano Pacífico contra el comunismo.

El fin de la Guerra Fría sería el comienzo de la transición hacia «la sociedad del cansancio», donde el paradigma viral se sustituye por una violencia neuronal que ya no es una reacción inmunológica del cuerpo, sino un *infarto psíquico*: el enemigo ya no viene de afuera porque es el propio *Yo* autoexplotador que se flagela y colapsa por recalentamiento. En su concepto de autoexplotación, el filósofo no ve una liberación: «El esclavo de hoy es el que ha optado por el sometimiento». Y como esto va acompañado de un sentimiento de libertad, el sujeto se explota sin límites en busca del éxito. Ante un fracaso laboral, al no vislumbrar un opresor, no encuentra contra quién rebelarse: en lugar de convertirse en revolucionario, languidece como depresivo. Corea del Sur tiene la tasa de suicidio más alta del mundo desarrollado.

LOLITAS NIPONAS

Una tarde de domingo salgo a caminar por Harajuku, el barrio tokiota de las lolitas. Me fundo en la multitud de la superpoblada calle peatonal Takeshita Dori, pero el atascamiento humano impide casi avanzar. Me refugio en el portal de la tienda de *merchandising* de la banda femenina J-pop AKB48 y veo miles de lolitas ir y venir. No se trata de chicas disfrazadas sino cultoras de una moda en la que, dentro de ciertos parámetros, todos marcan su diferencia: no hay dos lolitas vestidas igual. El Harajuku Style es lo opuesto a un uniforme y refleja un alto nivel de individualidad. Hay más de diez subgrupos que derivan de dos troncos centrales: las *sweet* y las *gothic* lolitas.

Ingreso a una gran sala de cabinas de *purikura*, donde lolitas entran en grupo a tomarse fotos-carnet con la ayuda de una pantalla táctil y lápiz óptico para modificar sus retratos hasta lo increíble. El Purikura Shop Noa tiene veinte unidades y hay cola en cada una para producir estas sofisticadas foto-*stickers*.

Para muchas japonesas, andar por la calle sin maquillaje equivale casi a la desnudez: la que salió apurada y no pudo acicalarse, esconde el rostro en un barbijo. Lo primero que hace una chica en el *purikura* es resaltar el maquillaje que ya trae

encima: la palidez extrema de geisha es parte del canon y los protectores solares se venden en Japón a partir del factor 30. Los programas de *purikura* cambian el color del pelo y agregan insólitas pelucas; afilan nariz y pera, agrandan pómulos, pulen el blanco de la sonrisa y le agregan hoyuelos laterales, elevan cejas, agrandan pestañas y ojos, aumentan altura corporal y adelgazan las ya finitas piernas, tendiendo hacia leves toques de occidentalización: resuelven sus complejos de adolescente a golpes de tecnología en un quirófano virtual. «¡Kawaii!» exclaman las chicas a coro cuando la máquina escupe las fotos por la ranura. Entre una trabajada foto de *purikura* y una simple *selfie* occidental, hay un abismo tecnológico de sofisticación.

MUNDO COSPLAY

Viajo en tren bala a la ciudad japonesa de Nagoya para asistir al World Cosplay Summit, que reúne 240 000 asistentes en dos días. Es algo así como una megafiesta de disfraces a la japonesa: o sea, es otra cosa. Son jóvenes que se disfrazan de personajes de *manga* y *anime* con un nivel superlativo de sofisticación. Suelen ir en pequeños grupos conformando los personajes de una serie de ficción. Van con su cámara réflex —rosada las de ciertas lolitas— y usan pantallas redondas refractarias para rellenar sombras de la cara. Todos se toman fotos entre sí para subir las a redes sociales: el día completo se les va en esto.

En un sector los *cosplayers* se sientan en el suelo para acicalarse, peinarse o colocarse sus armaduras robóticas. Me acerco a fotografiar la previa pero estoy rompiendo el código más elemental: a los *cosplayers* se los fotografía ya producidos.

Es pleno verano y algunas adolescentes en bikini portan salvavidas, pelotas inflables y pistolas de agua con las que hacen poses a lo chica James Bond, a veces con insinuaciones

lésbicas. Más de un centenar de hombres entre 30 y 55 años han venido a hacer fotos: son los *kamekos*. Siete ninfas con brazos y piernas palito posan al borde de una laguna artificial. Algunas parecen de catorce años pero nunca se sabe. Frente a cada una, quince de esos fotógrafos aficionados hacen cola: se toman un mínimo de diez minutos por sesión fotográfica, así que esperan más de una hora. Y ellas felices: van cambiando de posición con los dedos en V, se apoyan el índice en el labio inferior, guiñan ojos y arquean la espalda subrayando sus pechos lánguidos. Raras vez sonríen.

Las adolescentes juegan a ser modelo y ellos a ser fotógrafo. Las más sexy son las *toraretas*, el término usado contra ellas por las demás *cosplayers*: las acusan de llamar mucho la

“

En un sector los cosplayers se sientan en el suelo para acicalarse, peinarse o colocarse sus armaduras robóticas. Me acerco a fotografiar la previa pero estoy rompiendo el código más elemental: a los cosplayers se los fotografía ya producidos.

”

atención. El hecho es que todas están aquí para exhibirse, donde podrían llegar a ser famosas. Los *kamekos* producen su material para consumo personal.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto a una marinerita hipograsa con minifalda ínfima y top cubriéndole costillas, más una peluca rubia hasta la cintura.

—Es un secreto —responde con suavidad, llevándose un dedo a la boca en señal de silencio.

El sueño de todas estas chicas es ser una *cosplay celebrity* como Enako, cuyo cuerpo es una insinuante tablita que se abulta a la altura del pecho. La descubro arremolinada por un centenar de fotógrafos que rompieron filas abandonando a las demás y ametrallan a esa marinerita que ha sabido cimentar su fama. Esta sería una *torareta* que tuvo éxito a partir



de viralizarse en las redes sociales. Solamente en Twitter tiene cien mil seguidores. Ella cince la con sumo cuidado su imagen y la invitan a la TV. Hace transmisiones en vivo por internet y el público le envía donaciones monetarias con las que dice recaudar diez mil dólares al mes. Quienes la retratan en la feria son sus mejores publicistas y ella edita libros con las fotos, a veces en bikini y otras como pudorosa *sweet loli*ta. También es contratada como *cosplay* oficial de series de *anime*. Enako cambia de ropa en cada aparición, perfilando personajes con buena actuación. El último negocio de esta bellísima *influencer* es la venta de una larga almohada con su figura a cuerpo completo para dormir abrazado a ella.

Casi todo aquí tiene doble filo. Lo inocentón no es necesariamente tal, y ellas actúan como si no lo supieran. Los *kamekos* no solo tienen equipo profesional, sino que se comportan como superfotógrafos, tirándose al suelo en las poses más extrañas en un doble juego de simulación: si los dos lados fingen, no hay engaño. Las *lolitas* son estrellas por un día y los hombres las acribillan a flashazos. Al final de cada sesión, las «modelos» posan con un cartel informando su dirección de Twitter para que las arroben.

Le tomo fotos a dos amigas con sombrero de flores disfrazadas de gemelas —la última moda *cosplay*— y una me pregunta de dónde soy. Le respondo pero no ubica mi país en su mapamundi mental. Recorro a la palabra mágica: Messi. «¿Meshi?», pregunta ella y reafirmo. Entonces me da su tarjetita personal y se va. Recorro al traductor del *smartphone* y confirmo la sospecha: tarjeta se dice «meishi» en japonés.

EL PANÓPTICO DIGITAL

En su ensayo *La sociedad de la transparencia*, Byung-Chul Han parte otra vez de Foucault para conceptualizar el panóptico digital. Plantea la existencia de una nueva visibilidad total que permite verlo todo a través de los medios electrónicos. Esta red transparente se construye con redes sociales, herramientas de Google —Earth, Glass y Street View—, YouTube, blogs y así hasta el infinito.



© Julián Varsavsky

El control panóptico de la sociedad disciplinaria funcionaba a través de una mirada en perspectiva lineal desde la torre central. En cambio el panóptico digital pierde el punto único de vigilancia que tenía el control analógico: ahora se observa desde cada ángulo y todos ven a los demás, exponiéndose a su vez para ser vistos.

Pero el control continúa y sería aún más efectivo: cada persona entrega a las demás su intimidad. Esta visión total «degrada a la sociedad transparente hasta convertirla en una sociedad de control. Cada uno controla a cada uno», escribió el filósofo.

Hay un nuevo juzgamiento mutuo a través de la moneda del *like*: uno no es libre de exponer lo que quiera porque acecha la desaprobación. El sujeto digitalizado muestra su mejor perfil: las máquinas de *purikura* en Harajuku radicalizan esa idea de la optimización por retoque digital.

Los habitantes de la sociedad de control digital entregados a la mirada panóptica ya no se sienten vigilados. Se creen libres y se contactan entre sí desde su lugar de aislamiento, generando una hipercomunicación adictiva, multifocal e intermitente que produce un «ruido» infernal. Esto resulta en información inconexa —sin

“

Hay un nuevo juzgamiento mutuo a través de la moneda del *like*: uno no es libre de exponer lo que quiera porque acecha la desaprobación. El sujeto digitalizado muestra su mejor perfil: las máquinas de *purikura* en Harajuku radicalizan esa idea de la optimización por retoque digital.

”

pasado ni futuro— en la que es difícil establecer sentidos. La sobrecarga informativa y el exceso de luminosidad tendrían un efecto cegador.

Los habitantes de este nuevo panóptico alimentado por voyerismo y exhibicionismo colaboran en su edificación, algo impensable en un preso: en la pantalla «se exhiben y desnudan». Para Han, la transparencia sin ocultamiento es pornografía, e internet es el reino del porno: «La exhibición pornográfica y el control panóptico se compenetran».

En una entrevista con el semanario alemán *Die Zeit*, Han fue explícito sobre el fundador de Facebook, cuya fortuna alcanza los 63 000 millones de dólares:

Vivimos una nueva servidumbre. Los señores feudales digitales como Facebook nos dan la tierra para que la cultivemos, nos dicen que es gratis y nosotros la aramos como locos. Al final vienen ellos y recogen nuestra cosecha. Esto se llama explotación de la comunicación. Nos comunicamos con los demás y nos sentimos libres, pero estos señores capitalizan la comunicación y los servicios de inteligencia la monitorean de manera muy eficiente. Nadie protesta, aunque vivamos en un sistema que explote nuestra libertad.

En el panóptico digital ya no existe el Big Brother de la novela *1984* de George Orwell, ni ese Ministerio de la Verdad que extraía secretos en

la cámara de tortura; el sujeto de rendimiento, en cambio, busca aumentar su valor de exposición digital y entrega para ello toda la información: en lugar de confesiones extraídas, hay un desnudamiento voluntario. El *smartphone* sustituye a la cámara de tortura y el *Big Brother* adquiere un aspecto amable. La eficacia de la vigilancia reside en su amabilidad.

En esta nueva sociedad transparente las personas «son su propio objeto de publicidad [...] lo invisible no existe porque no engendra ningún valor de exposición», escribe Han.

Entonces el cuerpo debe ser optimizado y de allí el auge del gimnasio y la sobrevaloración de la belleza física. Las hiperproducidas lolitas y los sofisticados *cosplayers* aspiran exactamente a esto: ser cuerpos optimizados multiplicándose hasta el infinito de manera digital —bajo la lógica del rendimiento— a la conquista del éxito a través de un enjambre digital de seguidores.



© Julian Vaxsavyky